

to al Conde de Lemos cuando llegó el fin de su gobierno.

XII

Cuando el Conde se disponía en Nápoles para emprender su viaje á España, se encontraba en Madrid á las puertas de la muerte, solo, triste, prostrado y sin recursos, *Miguel de Cervantes Saavedra*.

El deseo más ardiente del gran escritor era saber la llegada del Conde á los puertos españoles. Con ella esperaba ver mejorar su suerte, aumentar sus recursos, harto escasos y reducidos para tan penosa enfermedad como la hidropesía, que le aquejaba; y tanto era su anhelo, que hasta creía había de prolongarse su existencia para besar las manos de su bienhechor.

No quiso Dios darle tan gran consuelo. Crecen las ansias, las esperanzas menguan; el tiempo es breve, el temor grande... Recibe el escritor ilustre la Extremaunción devotísimamente y con humildad cristiana, el lunes santo 18 de Abril de 1616; y al día siguiente, aprovechando un momento de tranquilidad, escribió al Conde aquella *Dedicatoria* sin igual, digna, como dice uno de sus biógrafos, de que la tuvieran presente todos los grandes y todos los sabios del mundo, para aprender los unos á ser magníficos, y á ser agradecidos los otros.

«*Aquellas coplas antiguas que fueron en su tiempo tan celebradas, que comienzan*

Puesto ya el pie en el estribo,

quisiera yo no vinieran tan á pelo en esta epístola, porque casi con las mismas palabras puedo comenzar diciendo:

Puesto ya el pie en el estribo,
con las ansias de la muerte,
gran Señor, ésta te escribo.»

Tal fué el último recuerdo que *Cervantes* consagró al de Lemos. Al llegar éste á su palacio de Madrid recibió tan interesante *Dedicatoria*, con el pesar que puede imaginarse; y es de creer que por sus cuidados se dieron á la estampa *Los trabajos de Persiles y Segismunda*.

PARTE TERCERA

(1616—1622)

I

Divulgada la noticia del regreso del Conde, trasladáronse á Valencia, donde debía desembarcar, muchos de sus amigos y favorecidos, para recibirle

y abrazarle. Con ellos fué también *Lope de Vega*, que adoleció de una enfermedad bastante grave en aquella ciudad.

Al llegar á la Corte fué recibido el Conde de Lemos con grandes demostraciones; se le confió la presidencia del Consejo de Italia, y se le nombró gentil-hombre de Cámara para el cuarto del Príncipe Don Felipe.

Ya en aquel tiempo comenzaba el Duque de Lerma á sentir que su poder é influencia vacilaban. El confesor del Rey, el célebre Fr. Luis de Aliaga, iba mirando sorda y disimuladamente el terreno al favorito; y, para mejor logro de sus intentos, buscó y encontró, donde menos pudiera esperarlo, poderosos auxiliares. El hijo mayor del Ministro, Duque de Uceda, y el primer Secretario, Don Rodrigo Calderón, se unieron al Confesor para ayudarle en sus maquinaciones. La ingratitud se coligó con la soberbia; la ambición del mando fué lazo de la unión.

Conocía el de Lerma que un poder extraño y misterioso iba oponiéndose á su valimiento; pero no atinaba de dónde podía venir el golpe. No era fácil sospechar tanta perfidia.

El Duque temió, ó más bien adivinó, que la intriga se fraguaba entre la servidumbre del Príncipe. Entonces encargó al de Lemos se hiciera dueño de la amistad y confianza de aquél, procurando debilitar el influjo de muchos, de quienes, con harta razón, sospechaba. Pero ya fué tarde.

II

Formábase la nube que había de descargar el rayo sobre el omnipotente Ministro. La atmósfera cortesana se iba cargando de intrigas. Pero adelantaban lentamente. El centro principal estaba en el cuarto del Príncipe D. Felipe, donde el gentil-hombre Don Gaspar de Guzmán comenzaba á dar muestras de lo que había de ser luego el Conde-duque de Olivares.

El Conde de Lemos, atento por una parte á cuanto podía traslucirse entre la servidumbre del Príncipe en interés de su tío el Duque de Lerma, empujando por otra el favor de que con aquél gozaba el enemigo, deseoso de derrocarlo, no abandonaba por eso el estudio, ni dejaba el trato de sus amigos literarios.

Tuvo lugar entonces, en el mes de Octubre de 1617, la dedicación de la Iglesia Colegial de Lerma, acto que se verificó suntuosa y solemnísimamente. Asistió á las fiestas el Rey Felipe III; y cerca del anochecer del día 16, en la iglesia de San Blas, en un teatro muy adornado, con buena disposición y traza, se representó la comedia titulada *La casa confusa*, que el Conde de Lemos había escrito para aquella ocasión.

Sobremanera agradó al auditorio; y eso que verosímilmente debió separarse mucho del estilo de las que el público escuchaba en los teatros, cuando la calificaron por la primera cosa más conforme al Arte que se ha tenido en España.

Para la representación estuvieron unidos los comediantes mejores de diferentes compañías, bajo la dirección del famoso Pinedo.

Dió á fábula con nombre de *Confusa*
 Límite alegre, en popular estilo;
 Escribió Apolo, recitó la musa,
 Añudando los labios á Zoilo:
 Pluma, pues vuelas torpemente, escusa
 Honores del que dellos es asilo;
 Dió á la comedia fin, como al deseo,
 Honesta Venus, lícito Himeneo.

Esto dice de la comedia el riojano Francisco López de Zárate, en el *Descripción poética de las fiestas de Lerma*.

La obra, sin embargo, á pesar de tan circunstanciadas noticias, y de figurar en los catálogos de Medel y de Huerta, no es conocida.

También Cervantes nos dice en *El viaje del Parnaso*, haber escrito una comedia titulada *La confusa*, que pareció en los teatros admirable, pero que tampoco ha podido descubrirse hasta hoy.

III

Era uno de los primeros días del mes de Octubre de 1618.

Unidos se encontraban en la antecámara del Príncipe el Conde de Lemos y su primo el joven D. Fer-

nando de Borja, Comendador Mayor de Montesa, entregados á una grave conversación y de sumo interés, según las apariencias y sigilo con que hablaban, cuando fueron interrumpidos por un portero de Cámara, que entregó al de Montesa un pliego sellado de orden de S. M.

Abrirlo y palidecer, todo fué una misma cosa. Recogiólo el Conde de Lemos, lo leyó con rapidez, y palideció igualmente. Era orden soberana, desabrida y seca en el fondo como en la forma, para mandar á D. Fernando que nunca más volviese á hablar á solas con el Príncipe D. Felipe.

La intriga palaciega había triunfado. La influencia del confesor Aliaga empezaba á manifestarse. El Conde de Lemos hizo en aquel mismo punto la renuncia de sus cargos, conducta que imitó el Comendador de Montesa.

IV

Dos días después fué comunicada al Duque de Lerma la orden que le preceptuaba salir de la Corte.

El Duque de Uceda, su hijo primogénito, le sucedió en la privanza y en el Ministerio. En la servidumbre de Palacio hubo grandes mutaciones. Las sátiras contra los caídos fueron muchas y corrieron por todas partes. ¡Espejo y desengaño fué la caída del Duque de Lerma, que siempre deben tener en la memoria los poderosos!

El Conde de Lemos, disgustado de tantas miserias,

quiso apartarse de los lugares donde tenían cabida, y sin más compañía que la de su esposa, se retiró á su villa de Monforte, y volvió á entregarse por completo á sus placeres favoritos, al estudio y á la poesía, huyendo de todo linaje de intrigas.

Tal vez su amigo Bartolomé Leonardo y Argensola hubo de preguntarle la causa de su voluntaria salida de la Corte:

Que, puesto que el dejarla en coyuntura
Que todos esperaban lo contrario
Les pareció elección de su cordura.
Porque el juicio de la Corte es vario,
Nos dijese la causa verdadera
Que lo redujo al trato solitario.

Y bien creemos que las razones que el mismo Bartolomé pone en boca del Conde, deben de ser, puestas en verso, las mismas que éste le diera para explicar su resolución. Merecen conocerse, y á no ser tan largo el pasaje, de buena gana lo insertaríamos íntegro. Oigámosle:

La ingratitud, que ocupa el poderío
De la Justicia, acrecentó accidentes
Tales, que ocasionaron mi desvío.

Aquí ni la ambición finge á porfía,
Ni el inocente arado ó ruda azada
Ofrece á la privanza idolatría.

A la privanza, que con ver la espada
Que sobre su cerviz del pecho pende
Al pelo sutilísimo añudada.

Tanto á evitar los émulos atiende,
Que la virtud, que en otros pechos mira,
Sólo por benemérita le ofende.

No ve que si el favor se le retira
Y de las dos fortunas vence aquella
Que la gracia Real convierte en ira:
Luego sus confidentes atropella, etc.

V

Compartía el Conde los días en la meditación, el estudio y el cultivo de los campos. En la paz del hogar, con la felicidad del cariño de su esposa, transcurrían las largas veladas del invierno, y durante ellas bosquejaba sus obras poéticas, que por desgracia se han perdido; ó bien se entregaba al dulce placer de la correspondencia con sus amigos.

Al recuerdo de sus desengaños en la Corte se debió, sin duda, una de las pocas obras de su ingenio, que han logrado salvarse del olvido, y nunca se ha impreso, que sepamos. Bien es verdad que también algún crítico ha llegado á negarle la paternidad, suponiéndola compuesta por su inmediato sucesor.

Nos referimos á la que se intitula: EL BUHO GALLEGO.

Es una especie de apólogo en prosa, ó más bien

novela satírico-política, en que, bajo la forma de una ingeniosa alegoría, se trata de graves cuestiones. Los personajes son aves que concurren ó asedian al Buho para que abandone el soto de los Manzanares. En *El Buho Gallego*, cuyas heroicas virtudes envidiaban otras aves, fácil es reconocer al buen Conde, á quien los desengaños llevaron á vivir en Galicia, donde había nacido, y de igual manera reconocerían los contemporáneos á los palaciegos y cortesanos pintados en los tordos, en el pavo andaluz, en el sisón manchego, en el cuco aragonés y en todos los demás que allí se diseñan.

Para que no falte en este *Estudio* una muestra del estilo de la desconocida fábula, insertaremos aquí su principio, tomándolo del M. S. que tenemos á la vista.

VI

HISTORIA de *El Buho Gallego con las demás aves de España*, compuesta por el Excelentísimo Sr. Marqués de Sarría, Conde de Lemos, en este año de 1620.

Erase un día de Abril florido, al tiempo que la estrellada diosa, vencida en la lucha del Aurora, corrida caminaba á los fines del ocaso; entonces los no enseñados Pajarillos, en tonos acordados, cantaban melosa (aunque confusamente) el triunfo de la vencedora; y ella, más penosa de haber dejado el tálamo de su dulce Amante que gloriosa del venzi-

miento presente, sin cesar derramaba tiernas lágrimas, que al mismo tiempo su consorte convertía en perlas y fino aljófar: venía, pues, el apuesto jayán con rostro alegre subiendo el recuesto del Oriente, culpando su tardanza por el lento paso del toro, en que tres días había que andaba caballero, sus dorados raios pregonaban ya por los más altos collados su llegada, y al tiempo que de ellos recibe la corona Guadarrama, el Buho Gallego, cansado de las largas y prolijas centinelas de las lóbregas y espaciosas noches de frío Ibierno; pensando tener algún descanso en tan alegre día, salió al Soto del humilde Manzanares, acaso bien descuidado del ocaso, ya sacudiendo sus alas del húmedo rocío de la noche, pensando reposar y gozar á su salvo de sol hermoso, le vino un penoso hazar, que al mismo punto le descubrieron una manada de tordos, ó sanchitos, que desde lo alto de un álamo cantaban en vascuense: Hora fuese envidiosos de que el Buho hubiese madrugado antes que ellos, ó envidiando otra virtud más heróyca que acaso conoían en él, y no les estaba bien confesarla, ó por lo que ello fuese; ellos se derramaron por el Prado, y convocaron á las demás aves de España á que, con razón ó sin ella, le obligasen á dejar el Prado; las cuales, por el amor que á los tordos tenían, con facilidad confusamente se resolvieron á su opinión; y juntas de tropel le acometieron con furia francesa, pensando de aquella vez no dejarle cañón.

Nuestro Buho, reportándose lo que pudo, requirió

sus armas, y afirmándose en buena postura, resistió aquel primer ímpetu, y cuando vió que estaban aplacadas y en términos de poder mostrar con razones la poca que habían tenido en quererle ofender, y que no solamente no les había dado causa para ello, pero hécholes siempre mui particulares beneficios, dignos de perpétuos agradecimientos, limpiándoles y guardándoles sus tierras, echándoles de ellas las árabes y africanas aves, en tiempos que se las tenían ocupadas y puestas en extrema necesidad, convencidos con buenas razones á que le escuchasen, y haziéndoles un largo parlamento de las causas que había, para que no solamente no le aborreciesen, pero venerasen y reverenciasen; no sé si viéndose atajadas y corridas de lo hecho, porque el Buho les probó haber en su beneficio hecho bienes tantos que con ninguno le podían remunerar; buscaron caminos, aunque aviesos, para salir de tanta obligazón; y haciendo pleito el caso, sin fundamento de razón de justicia ni razón de derecho, le metieron á voces, y cada uno de palabra, fué calumniando al Buho, no respetando virtud alguna que en él hubiere, y determinaron que cada una de ellas por sí, y en nombre de su patria, le capitulasen, y que el Buho satisfiziese por escrito.

Este acuerdo al Bubo le estuvo muy á cuento, á lo que mostró en su semblante; y así, olvidadas de las Armas, desterrada toda cólera, se sentaron á la sombra de un chopo frondoso, y rodearon al Buho Gallego un Tordo Vizcaíno, un Cernícalo Navarro, un Cuco Aragonés, un Milano Cathalán, una Mirla Va-

lenciana, una Golondrina de Murcia, un Pavo Andaluz, un Gilguero Portugués, cerraron el corro. El Ganso Castellano y el Sisón Manchego, como dueños del prado en que se hallaban, se sentaron dentro del corro, de manera que estaban en oposición del Buho. *Quien así las viera juntas aquel día, le pareciera junta de Córtes*, y á la verdad mucho se le parecía, porque estas aves, como digo, tomarían cada una la voz de su patria para sólo acusar el Buho, por salir de la obligazón que les probó tenerle; el agraviado de esto, deseoso de sacar de las tinieblas la sinrazón que sus émulos tenían para aborrecerle, primero que entrase en disputa particular, á todos en general les dijo, que si había alguna entre ellas que fuese de su bando, ó por lo menos se hallase desapasionada sin legítima causa de aborrecerle. Y aunque á la verdad estaba cierto que ninguna la tenía, hizo esta pregunta el Buho para si alguna de ellas se mostraba desapasionada, hacerla Juez de la causa. Todas ellas, á una voz, unánimes y conformes, respondieron que no= No penséis (dijo el Buho), que poco ufano quedo de esa respuesta, porque me da nuevos bríos de ascender á maior presunción, porque no hay cosa que más pregone y descubra la virtud que la envidia y aborrecimiento, y cuando no se hallara otra cosa ó razón para probaros que á todos os soy superior, sólo esta fuera, fuerza bastante, porque á la verdad nunca son envidiados los súbditos flacos, tímidos humildes, vestidos contrahechos, sino aquellos que ocupan altos y eminentes Lugares, ó tienen por razón de más